

Veza y Elias Canetti

Cartas a Georg

Amor, literatura y exilio
en tiempos oscuros

1933-1948

Edición de Ignacio Echevarría,
a partir de la edición alemana
de Karen Lauer y Kristian Wachinger

Traducción de
Juan José del Solar

Galaxia Gutenberg

 Federal Ministry
Republic of Austria
Arts, Culture,
Civil Service and Sport

La traducción de este libro ha recibido una ayuda del Ministerio austriaco de las Artes, la Cultura, los Servicios Civiles y el Deporte

Edición al cuidado de Ignacio Echevarría

Título de la edición original: *Briefe an Georges*
Traducción del alemán: Juan José del Solar Bardelli

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2021

© Herederos de Elias Canetti, 2021
© Carl Hanser Verlag, Múnich, 2021
© de la traducción: Juan José del Solar Bardelli, 2021
© del prólogo y las notas: Ignacio Echevarría, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 159-2021
ISBN: 978-84-18218-62-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Sumario

Prólogo,
por Ignacio Echevarría
IX

I. En Austria, 1933-1938
I

II. En Inglaterra, 1939-1948
115

Apéndice: 1959
375

Notas
385

Índice de fotografías
499

Índice de nombres y títulos
501

Índice general
511



Georges Canetti

«Los hados han dispuesto que los dos dioses a los que venero, el artista y el médico, sean hermanos, y podría haber sido un azar afortunado si la aparición del médico no hubiera escindido mi amor.»

Veza a Georges, 24 de septiembre de 1937

I

En Austria

1933-1938

I. GEORGES A VEZA (borrador)

París, 10 de junio de 1933

Mi querida Veza,

acabo de recibir su carta, y en verdad debo decirle que es de todo punto incomprensible, aunque yo la comprendo muy bien. Una sola cosa queda clara, y es que yo soy la única persona medianamente normal de los cuatro (usted, Elias, mamá y yo). La manera como usted ha malinterpretado mi carta es para poner los pelos de punta; ha leído toda suerte de cosas entre, sobre y bajo líneas, y solamente ha respondido a ellas; por lo además, ¿quién querría una respuesta suya en un asunto entre mamá y Elias? El hecho de que yo se lo contara no significa que le hubiera asignado ningún papel en todo aquello. Sin duda usted lo tenía, aunque sólo en forma pasiva; usted no fue sino un pretexto para alimentar el conflicto, perfectamente normal y recurrente, entre mamá y Elias. Un conflicto que hubiera, que de hecho ha encontrado ya cientos de ocasiones más en las que alimentarse. Yo le escribí sobre él como se comenta con un amigo algo particularmente triste y que nos aflige, pidiéndole consejo y esperanza; como a uno le gusta desahogarse de vez en cuando. Y usted, con un apasionamiento sin duda hermoso pero del todo inapropiado, lo entendió mal. Una prueba de confianza, una de las más grandes que pueda haber: comentar con alguien, aunque se trate de usted, cosas que atañen a mi madre, y usted las interpretó como sabe Dios qué acusación secreta que, de estar justificada, resultaría tan inútil como absurda. ¿No ha comprendido todavía que yo nunca comento los objetivos que me propongo, o más bien que me abstengo de comentarlos a la persona en cuyo provecho pudieran redun-

dar? Quizá vea usted en ello la prueba de un orgullo insensato, pero así son las cosas. ¿Y qué objetivo hubiera podido tener mi carta? A lo sumo el de mostrarle lo que Elias ha llegado a hacer a otras personas –en este caso a su madre– y, de algún modo, hacerle así más llevadera la insoportable carga de su propia relación con él. No obstante, ¡qué falso sería pensar así! Como si en esos casos la conciencia de la soledad no fuera justamente lo más precioso que le queda a uno, al menos con gente valiosa. En cualquier caso, no me he hecho culpable de nada, porque tampoco quería conseguir nada. No me mueve, como ve, ninguna reacción «indignada», a no ser que tome por indignación el hecho mismo de reaccionar. ¿Cómo puede usted imaginarse seriamente que, de haber estado yo al tanto de algún cotilleo necio, no le hubiere escrito *directamente* y no *par faits interposés*, como suele decirse? ¿Y cómo puede imaginarse, además, que mi madre haya sido la instigadora (no lo es, le doy mi palabra de honor) y encima creer que ella habla a través de mis cartas? Permítame que me ría, y usted, que conoce mi independencia espiritual y sólo ha podido olvidarla llevada por su apasionamiento, también debería hacerlo. Mi buena y querida Veza, dejemos fuera de nuestras cartas las miserias de nuestro entorno. Yo las *vivo* y de eso quería hablarle, pero usted las *padece* y, en medio de sus padecimientos, cree que...

2. GEORGES A VEZA (borrador)

París, 25 de octubre de 1933

Como ve, los tres días del plazo de gracia que usted me había concedido –al finalizar el examen– se han acabado convirtiéndose en catorce. Por lo que respecta a los primeros es fácil de entender, y no necesito explicarle cuán necesario es distender los nervios después de esfuerzos tan grandes, o, mejor dicho, tensarlos de otro modo. Aunque lo más importante era, y esto debo reconocerlo sin más rodeos, la dificul-

tad de reanudar el contacto. No porque entre nosotros dos hubiera que reanudar contacto alguno; pero el caso es que se fueron formando, digámoslo así, una serie de nudos que nos unen tanto como nos incordian. Cierto es que podrían cortarse, como sin duda haría, por ejemplo, uno de los «rubios germanos» que con tanta frecuencia aparecen en sus cartas, dicho sea de paso. Yo soy diferente y debo comunicarle que, desde el viernes, Canetti ya no está en París, sino en Estrasburgo. Un mes y medio ha durado su estancia. Habría mucho que decir sobre ella, aunque estuvimos poco tiempo juntos y la atmósfera desagradable que se creó –por culpa sobre todo de la novia de Nissim– en ningún momento permitió que hubiera una cordialidad real y duradera. Pero otras cosas también tuvieron la culpa. Elias es una de esas personas que necesitan ser vistas desde una óptica muy peculiar –ángulos y grados de iluminación bastante precisos– para mostrar plenamente su valía, y lo cierto es que en París decididamente no los tuvo. En su caso, la innegable discrepancia entre el escritor y el hombre no debe aparecer bajo una luz demasiado cruda, y eso sólo es posible cuando el escritor predomina y eclipsa todo lo demás, algo que fue imposible en París, de ahí que muchas cosas no fueran, en él, como hubieran debido ser. Con esto no quiero decirle en absoluto que, gracias a esta circunstancia, yo haya aprendido a juzgar a Elias de otra forma, sino solamente explicarle por qué él, que percibe enseguida esas cosas, no se sintió a gusto en París y, pese a tantos recuerdos hermosos que conserva de su estancia aquí, ha terminado por llevarse una impresión general desagradable. Donde más a gusto se siente uno es donde más gusta, da igual a quién sea. Y esto es válido, bien lo sabe Dios, para la especie entera de los «escritores».

3. GEORGES A ELIAS (borrador)

París, 26 de noviembre de 1933

Mi querido hermano Elias,
hoy me siento con muchas ganas de escribirte y por eso lo hago.

Hace más de un mes que mi vida se ha ido apartando de las cosas que hasta entonces la habían colmado. Estoy leyendo montañas de libros y cada vez aumenta más mi deseo de hacer que los ecos que van dejando tras de sí suban de volumen. Soy como un insecto que muda de piel. Bajo la abrumadora presión del trabajo para el internado, que debería durar hasta el examen oral –aunque esto me es totalmente indiferente–, bajo la insoportable tensión de los últimos meses se rompió de pronto un dique y ahora fluye en mi interior un imparable torrente de vida real que, al menos provisionalmente, encuentra su expresión en los libros o, mejor dicho, en la apetencia de leer libros de otros. Por eso me entristece mucho que no estés ahora aquí, pues muchas de nuestras discrepancias, que nuestra buena voluntad no siempre lograba superar, hubieran desaparecido gracias a una concordancia que, justamente al estar condicionada por el tiempo –en ti de manera orgánica y duradera, en mí, en cambio, de forma funcional y transitoria–, habría funcionado con tanto mayor eficacia. Quizás esta carta pueda al menos sugerir todo lo que hubiera sido entonces posible. Sin duda no una consonancia, pues ésta no existe, pero sí una asonancia, o al menos no la maliciosa intolerancia frente a tu gran riqueza interior, que yo, disgustado muchas veces por expresiones poco felices –fenómenos superficiales propios de tus veintiocho años–, te echaba en cara una y otra vez, sino una alegre expectativa de ver surgir en ese mundo expresivo ciertas cosas que ahora te están abiertas, aún no en la actitud ni en los gestos, pero sí en la palabra escrita, gracias a la cual, sea cual sea su forma, dos personas en verdad ricas se reconocen y se fortalecen mutuamente. Tales cosas, yo



Veza Taubner en 1934

no las buscaba seriamente en ti porque no las encontraba en el mismo sitio que en mí. De forma insensata se me había olvidado que eres escritor y daba a este concepto más bien el sentido de falsificador, sin tener en cuenta hasta qué punto en este caso la compulsión a falsificar es más importante que el arte de hacerlo; sin advertir la extraña esencia de esa falsificación –pues pese a todo lo sigue siendo–, a la cual debe aspirarse mediante el impulso más profundo para que lo sea lo menos posible, y de cuyo veneno solamente quedan a salvo aquellos que más la desean, pues la escritura debe ser considerada como un principio que lleva en sí su propia antítesis como última enseñanza. He sido, pues, injusto, y no quiero seguir siéndolo, al menos mientras mi mirada no sea enturbiada por las fricciones de la convivencia cotidiana, que probablemente no me habrían permitido ver claro en todo esto.

De gran ayuda me ha sido un libro maravilloso: *Wolf Solent*, de John Cowper Powys; creo que es aquel del que una vez me hablaste como de algo muy grande. En cualquier caso, me vino a la memoria cuando lo encontré casualmente en los *quais* y por eso lo compré.

4. VEZA A GEORGES

Viena, 16 de diciembre de 1933

Queridísimo Georg,

su carta es inteligente, tremendamente inteligente y hermosa, pero aún no se la contesto, lo haré esperar *al menos* tanto como usted a mí.

A cambio, le envío con este mismo correo un relato de mi ciclo narrativo *La calle amarilla*, que estará listo en enero. El cuarto de ellos cuenta la historia de su prima Mathilde. El primero de los que le estoy enviando tiene aún ciertos fallos; los siguientes son, naturalmente, más maduros. Esta vez debo pedirle que *me devuelva* la copia, pues la necesito para el libro. El cuarto, el que trata sobre su prima, seguirá en

unos cuantos días y puede quedárselo. Canetti va a cosechar pronto grandes éxitos. Está luchando valerosamente por ellos. Yo empiezo a tener paciencia. Por favor, *no* les muestre mi relato a los A's. Y usted ¿cómo está? No ha escrito nada al respecto.

Afectuosamente:

Veza

5. GEORGES A ELIAS (borrador)

París, 10 de febrero de 1934

Mi querido hermano Elias,

hoy hubiera empezado por fin una carta larga, una «de verdad», si no se hubiera interpuesto una noticia que me obliga a escribirte lo más rápida y, por tanto, brevemente posible. Se rumorea que vas a casarte con Veza, que ya estáis inscritos en el templo sefardí y ha salido la primera proclama, y que tras la tercera todo habrá concluido. No puedo creer que alguien te aborrezca tanto como para inventar y propagar una mentira semejante. Debo, pues, dar por cierta la noticia, así como siempre me he negado a tomar ni siquiera remotamente en serio cualquier necia habladuría sobre el particular.

No quiero influir para nada en tu manera de actuar, y tampoco sé si esto es aún posible. No me consideres, pues, un hipócrita con esto de no querer influir, porque es obvio que todo lo que vas a leer aquí ya lo sabes y, por tanto, te sería posible darte cuenta *por ti mismo* si entre aquello que *sabes* y aquello que *estás haciendo* hay alguna coherencia, por mínima que sea. Sólo quiero, pues, refrescarte la memoria; y me es lícito hacerlo, pues tú sabes cuánto respeto y quiero yo a Veza y, por otro lado, como hombre sincero que soy, aunque hermético, hasta qué punto deseo lo mejor para ella, precisamente porque la respeto y la quiero. Por consiguiente, escribo esto sólo *para ti y no contra ella*. Estás a punto de cometer la más grande estupidez que puedas come-

ter. Se mire desde donde se mire, no queda otra conclusión posible. Descarto cualquier consideración de orden material, pues nunca creeré que lo material pueda tener aquí la más remota influencia, y aunque tú mismo, a falta de otras razones, adujeras ésta, para mí sólo sería una pose cínica y no una acción cínica. Además, para cosas de ese tipo un matrimonio es totalmente superfluo. Hay, pues, razones de mayor peso. Quieres ayudar a Veza: consolidar vuestra posición en vuestro círculo, darle a ella un prestigio definitivo y vinculado permanentemente a tu carrera; pues si algún día os separaseis, ella seguiría siendo para todos lo que alguna vez fue, y, al mismo tiempo, mediante la formalidad de la boda quieres facilitarle la vida en el círculo sefardí, del que ya no puede separarse. Sin embargo, cabe preguntarse si, aparte de todo eso, no conseguirás también, por añadidura, algo que lograrás de modo inevitable: además de procurarle esa mínima ayuda, hacer sumamente desdichada a Veza.

6. ELIAS A GEORGES

Viena, 2 de marzo de 1934

Mi querido Georg,

Entiendo que esa mala suerte tan aburrida y aleatoria en el examen oral te haya dolido, pero si reflexionamos sobre el asunto ahora, con cierta distancia, no podremos sino felicitarnos de que haya sido así. Tú eres jovencísimo, y la experiencia que acumules este año no podrá sino serte de gran utilidad. Además, los conocimientos que tuviste que empollar neciamente para el examen son indispensables si quieres conseguir resultados serios en el ámbito científico. Cuantas más semillas siembre y deje crecer uno en sí mismo, mejores frutos cosechará. Y no es precisamente número de plantas lo que a ti te falta, lo que ocurre es que tuviste demasiado poco tiempo para que se multiplicaran. En general, no estoy preocupado por ti, en la medida en que no debe uno estarlo por el mundo en su conjunto. Tú eres un compuesto



Elias Canetti a comienzos de los años treinta

muy afortunado de atributos artísticos y científicos, y ya que acabas de descubrir a John Cowper Powys, veo venir el día en que, tras una brillante carrera como científico, sorprendas al mundo, no a tu hermano, con una gran novela; hay tres hermanos Powys, los tres son escritores, y el más grande de ellos empezó a escribir tardíamente, antes había sido filósofo. Espero que sepas valorar este comentario honroso.

Le caíste muy bien a Carlo, me ha escrito una carta entusiasmada sobre ti y dice que yo le había hablado demasiado poco de tu persona.

Hablemos ahora de mi «extraña boda». No sé de qué forma absurda te habrá llegado la noticia. Lo que voy a decirte es la verdad, de la que sólo Renée y unos cuantos amigos íntimos están enterados; decide tú mismo si piensas decírsela a mamá. Nuestro temor es que ella (la verdad) pueda filtrarse, dando rodeos, de vuelta a Viena, donde nos *perjudicaría* muchísimo.

Veza ha pasado unos meses muy malos. Como colaboradora de un periódico local y ciudadana yugoslava, recibí una amenaza de expulsión a Yugoslavia ya en enero. Tú ya sabes lo que puede ocurrir en esos casos. Entonces se *me* ocurrió la excelente idea de *casarme* con ella. Como yo paso por apátrida, ella, al casarse conmigo, pierde su ciudadanía y, en caso de expulsión, podría elegir el país por sí misma. Pero resulta que concebir mi plan era más fácil que ejecutarlo. Un matrimonio civil era imposible con mis papeles, pero en el templo sefardí hay cabida suficiente para este tipo de chapuzas. Como el peligro era grande (durante un tiempo pareció atentar incluso contra su vida, recuerda que Veza es un ser extremadamente sensible y delicado), ambos decidimos afrontar la dura realidad y fingimos ante los sefardíes todo lo que fue necesario. Ahora estamos, pues, casados oficialmente, y ambos somos, según el acta de matrimonio, *apátridas*. Esto es ventajoso también para mí, pues mi condición de apátrida era antes un asunto muy espinoso, y cualquier documento oficial me facilitará, más adelante, la elección de una nueva nacionalidad.

En mi relación con Veza no ha cambiado nada, sigue siendo mi amiga más cálida y generosa (y también lo es tuya, aunque es evidente que lo has olvidado, no le escribes nunca, sabiendo cómo espera una carta tuya desde hace *meses*). En realidad ella es ahora mi *madre*, y en caso de que quisiera casarme de nuevo, algo muy poco probable, aceptaría de inmediato un divorcio formal. En general, este matrimonio no interfiere para nada con lo que había antes. Yo esperaba que entendieras todo esto por ti mismo, incluso sin explicaciones, pero como vives en la familia, sin querer te tomas las bodas más en serio. Entre los artistas Veza ha pasado siempre como mi esposa. Y lo es en el sentido hermoso y espiritual que ellos dan al término. Tú y ella, los dos, seréis siempre las personas a las que más quiero, y tengo el firme propósito de pasar *siempre* una parte del año a su lado (y ojalá también contigo).

Sobre lo que está ocurriendo aquí prefiero no escribir nada. Tú tienes la suficiente fantasía para imaginarte toda la bestialidad posible, esta vez en su variante vienesa. Espero contártela de viva voz y, más adelante, *exhaustivamente*, en un libro. Mis perspectivas personales son, como podrás imaginarte, muy malas. De la novela no se habla. Ahora está en Suiza, en una nueva editorial. La Comedia ha sido comentada con gran interés y se daba por segura una representación en el teatro vienes de Josefstadt, en abril, bajo la dirección de Reinhardt. Pero, cautelosamente, nadie ha querido firmar un contrato. Desde los últimos acontecimientos todo esto me parece inseguro. Quizás yo mismo vea el destino de la Comedia más negro de lo que toca, pero sólo quiero contar con cosas *seguras* y, sobre todo, darte *a ti* una idea exacta de la situación. Siguiendo el consejo que me diste en otoño, tampoco he estado del todo inactivo y trabajé en un guión cinematográfico (como «asistente», como llaman a eso aquí) para un escritor vienes al que desprecio profundamente, con la condición de que no se mencione mi nombre. (Nadie lo sabe, pues, y te prohíbo decírselo a Nissim o a mamá.) Ahora mismo el hombre está en Londres y ha escrito

que las posibilidades de que la película sea aceptada son excelentes, prometiendo una respuesta definitiva en las próximas tres semanas. Debes saber que este trabajo lo hice al buen tuntún, es decir, sin cobrar. Si la película es aceptada, estaré libre de todo tipo de preocupaciones materiales durante un buen par de años.

Además, he encontrado un magnífico amigo en el Dr. Cohn, de Estrasburgo, que está haciendo todo lo posible por ayudarme. Hace meses que me está buscando allí, con toda calma y cautela, un trabajo que me ocupe medio día y me dé lo suficiente para mantenerme. En la medida en que una persona pueda ser digna de confianza, él lo es, yo lo considero incluso más fiable que a ti, lo cual no es poco, y por todas partes oigo decir que me quiere más que a un hijo. Es probable, pues, que por ahí surja algo. Otra cosa es saber si estaré a la altura del trabajo que tenga pensado para mí. Exige una total fluidez en el francés *escrito*, y en eso solamente tú podrías ayudarme. Si el Dr. Cohn me dijera que me dan el puesto, iré a París un mes o dos y tú me enseñarás lo que necesite. Las dificultades con el pasaporte me las arreglarían ya en Estrasburgo (eso espero).

En el curso de la próxima semana llegará a París Dea Gombrich, una violinista extraordinaria, la primera en Viena para música moderna (toca obras de Berg, Krenek y Webern como nadie más en el mundo), es incomparablemente mejor que Erika y es una persona de todo punto entrañable y modesta, aparte de que se cuenta entre los amigos *más íntimos* de Veza y míos. En Estrasburgo dará un concierto en la radio. Asimismo en París, donde tocará con una orquesta (Festival Autrichien, el 15 de marzo). La prima de Dea, en cuya casa estará alojada, es secretaria de un hombre de teatro muy importante en París, cuyo nombre se me ha olvidado. Dea hará todo lo posible para promocionar mi Comedia, que llevará consigo. Le he pedido que te llame en cuanto llegue. No necesito decirte que deberás hacerte cargo de ella, será para ti un placer mostrarle París a una dama tan fina, distinguida y, además, encantadora. Por favor, dile a Nissim

que haga algo por ella en la empresa donde trabaja. Nisim debe oírla tocar el violín de todos modos. En este caso soy yo el que, excepcionalmente, le hace un favor a él y no él a mí, pues se trata de una artista de *primerísima* magnitud. Y basta por hoy. Escribe de inmediato y con detalles. Tranquiliza a mamá. Si te parece bien contarle el motivo de mi boda, ruégale el más absoluto silencio, pues de lo contrario podría ponernos en un grave peligro. Saludos a todos. Y tú recibe un fuerte abrazo de tu

Elias

7. GEORGES A VEZA (borrador)

París, 4 de abril de 1934

Mi querida Veza,

esta carta debe llegar a sus manos sea cual sea el estado en que yo la deje. Es la quinta desde julio. Quiero decirle ante todo que las pocas líneas que recibí a través de Renée me alegraron mucho. No porque en ellas hablara una Veza triste, sino porque era simple y llanamente Veza. ¿Por qué no me escribe más a menudo? ¿Porque yo no contesto? Lo hago casi cada vez, pero lo que escribo nunca me parece suficientemente bueno. Por consiguiente, puede usted imaginarse fácilmente lo que escribo y también responderme.

Se equivoca si cree que doy una importancia excesiva a la formalidad, como usted dice. Yo sólo quería saber si se ha celebrado. Y estoy seguro de que un simple contrato —expedido además en un templo judío— no hará cambiar nada en una relación tan pura y hermosa; en ese vínculo recíproco, no exento, por cierto, de dificultades. Claro que soy consciente de que ciertos lazos atados con mucha más soltura que una unión verdadera pueden producir fácilmente heridas, por mucho que nos los impongamos con tan poco temor. Pero usted también sabe esto.

8. ELIAS A GEORGES

Zúrich, 1 de julio de 1934

Mi querido Georg,
provisto de todas las visas, con esperanza en el corazón y tristeza en la cabeza, ya estaría yo de camino a París, donde todos vosotros me esperaréis rebosantes de ternura. ¡Si al menos conservarais aún la antigua casa! No sé tu nueva dirección, por eso te escribo a la anterior. Seguro que te reexpediarán las cartas. Por favor, escíbeme en cuanto recibas ésta, diciéndome dónde se te puede encontrar después de lo de Estrasburgo. El miércoles seguiré viaje desde Zúrich, donde estoy en tratos con gente de teatro por mi Comedia, a Estrasburgo, donde me quedará uno o dos días. A fines de la próxima semana estaré, pues, en París. De todas formas, es posible que mi estancia aquí se prolongue dos o tres días. Tú, en cualquier caso, escíbeme a la dirección del Dr. Cohn: rue Schwilgué 16, Estrasburgo.

Me alegro ante la perspectiva de verte, pese a que tu carta es bastante fría, y te ruego encarecidamente que te reserves *un poco* de tiempo libre en las próximas semanas. El congreso de música moderna de Scherchen durará todo el mes de julio y deberías asistir a algunos actos, aunque sólo sea para ver a los curiosos personajes que participan en un congreso de este tipo.

En caso de que mamá esté aún en París, dale recuerdos míos. Es una suerte que París sea tan grande e inabarcable. La tortura de tener que visitar a toda la parentela podría ser casi una incitación al suicidio. Por suerte viajo solo.

De momento recibe un fuerte abrazo de Elias (que, por favor no lo olvides, *no quiere nada* de ti).

9. ELIAS A GEORGES

Estrasburgo, 18 de agosto de 1934

Querido Georg,

mira qué suerte tengo: me han dado la llave de todas las puertecillas ante las que pasamos en el dédalo de la catedral y ahora puedo pasearme cada día por ahí a mi antojo. No te imaginas cuánto me alegra. Por esto lo pongo al comienzo de la carta, aunque no sea esta la razón por la que te escribo.

Entonces, ¿por qué te escribo? Por supuesto, como siempre: por dinero. Creo que si algún día se reúnen todas mis cartas a ti, apareceré como el bandido más repugnante del mundo. No obstante, ten la seguridad de que no lo soy. Pero resulta que en los próximos días tendré gastos grandes: 100 francos para un nuevo *récépissé*, por ejemplo. El Dr. Cohn ha iniciado los trámites para prolongarme el permiso de residencia por un año, y por ahora el asunto se presenta favorable. En ropa interior gasté, en cuanto llegó tu dinero, 35 francos; si haces tus cálculos, verás que aún me quedan 25 francos.

Ahora bien, lo peor de todo es que a fines de la semana próxima los Cohn viajan a Karlsbad y la criada sale de vacaciones. Me permiten quedarme en la casa, cuidándola, pero tendré que pagarme mis desayunos y tres o cuatro cenas por semana, que normalmente tomaba en casa. Se quedarán fuera, como mínimo, hasta mediados de septiembre, y de verdad no sé cómo voy a arreglármelas. Intentaré aplazar un tiempo el pago del *récépissé*. De todas formas: en cuanto recibas esta carta envíame *como mínimo* 200 francos. Pues si me pidieran los 100 francos, no puedo decir que no sin más y poner todo en peligro. Y piensa, por favor, qué posibilidad habría de conseguirme otros 300 francos para la primera mitad de septiembre. La venta de la joya es totalmente segura, sólo es cuestión de semanas. También es seguro que me va a salir algo aquí en Estrasburgo. Sólo hay que esperar